

e d i t o r i a l



Michel Maffesoli

*Los fenómenos emergentes del nuevo tribalismo
y sus consecuencias sociohistóricas.
El nomadismo y sus múltiples expresiones
como configuración actual de una nueva forma de vida*

■ **L**a relación entre la vida y el pensamiento supone una dificultad constante para la teoría. Ella va a determinar el «estilo» de expresión de una época dada. Se puede pensar que en un momento en que *el lugar hace el lazo*, nuestra manera de decir el lugar (entorno natural) y el lazo (social) está cambiando considerablemente. Al mecanicismo le sucede una suerte de organicidad. Se trata de un desafío epistemológico que conviene asumir. En efecto, la vida se despliega al margen del pensamiento y en el curso de una duración prolongada encuentra su equilibrio. Esta vida inmediata solivianta al sabio acomodado: ¡la de la audacia de vivir sin su bendición!

La revancha de lo dionisiaco, en su momento trágico, devuelve a su inanidad los pensamientos muertos que se han erigido en dogmas más o menos vulgarizados. Se trata de observar la vida sin prejuicios, sin prenociones, en suma, sin nada que la clausure a priori. Esto, posiblemente, permitirá ver que es generosa, solidaria, vinculante, en una palabra, viva y en constante movimiento.

Nietzsche y su «decir sí a la vida» constituye, de este modo, una buena fuente de inspiración para comprender nuestro tiempo, ya que permite concebir la extraordinaria vitalidad social negada por los innumerables «aguafiestas» autoproclamados censores de una época ya caduca. Para ellos, toda efervescencia, anómica o no, constituye un signo de decadencia. A fortiori, toda desviación en relación a las normas establecidas, las del trabajo, las de la sexualidad, las de las buenas costumbres en general, la consideran como marginal y sin valor. Crisis de adolescencia sin grandes consecuencias de la que sólo cabe esperar su final. En ella todavía se olvida la advertencia nietszsheana: «hace falta experimentar el caos en sí mismo para alumbrar una estrella que baila».

[Michel Maffesoli, «Vida y existencia», en *Diccionario de la Existencia. Asuntos relevantes de la vida humana*, Andrés Ortiz-Osés y Patxi Lanceros (Dirs.), Anthropos Editorial, Barcelona, 2006.]

El *Diccionario de la Existencia*, en tanto consideración diferente de asuntos relevantes de la vida humana, se propone indagar aquellos temas más fundamentales que constituyen la trama del vivir humano, su aventura y vinculación afectiva con el conjunto de aspectos que le configuran en relación con su contexto social o mundo. Una línea de pensamiento ésta que parte de la obra de Martin Heidegger y hoy ya permea toda la filosofía y cultura contemporáneas.

Una de las primeras cosas que se nos muestran al referirnos al tema de *vida y existencia* es la relación «entre la vida y el pensamiento». Lo cual viene a cuestionar la teoría y argumento vital de la misma. Con todo, es ésta la que centra y define el estilo «de expresión de una época». De esta manera, podemos imaginar que en aquel instante «en que el lugar hace el lazo», es decir, nuestra forma de *decir el lugar*, ha cambiado radicalmente, se refiera éste al entorno natural o incluso el vínculo social. En una palabra, el lugar configura a quienes lo habitan. Por lo tanto, hay un proceso según el cual se muda de un concepto mecanicista a una concepción más orgánica del espacio. Lo cual significa «un gran desafío epistemológico». La razón de ello no es otra que el hecho evolutivo de que «la vida se despliega al margen del pensamiento». Y su estabilidad en el conjunto del drama procesual de la evolución se logra en un espacio amplio de tiempo. De este modo, la vida se nos presenta como una realidad «generosa, solidaria, vinculante, en una palabra, viva y en constante movimiento».

Entendemos que lo más profundo y radical de la vida, de su proceso de complejización, lo constituye el hecho de que no es posible encerrarla en una definición, ni en el ámbito de conceptos o meros pensamientos. El dinamismo y riqueza de la vida desborda continuamente cualquier intento de reducirla o limitarla a un receptáculo concreto o molde impositivo. La vida se expresa siempre en un constante fluir y en un acto de dación de sí misma. Lo importante es poder expresar con cierto sentido la afirmación de *decir sí a la vida*, más allá de cualquier referencia. Por lo cual, «hace falta experimentar el caos en sí mismo, para alumbrar una estrella que baila».

El desentrañamiento del tema de la Existencia, en la contemporaneidad, se debe al trabajo intelectual e investigativo de Martin Heidegger; al menos inicialmente. Su cuestionamiento afecta a toda nuestra tradición filosófica e historia cultural, aunque su punto de partida fue únicamente formular la pregunta *por el sentido del ser* y sus implicaciones en la estructura existencial. Evidentemente su respuesta o solución tiene un carácter histórico e inacabado. Y así Heidegger afirma con suma claridad: «El pensamiento no dice la realidad de un modo directo sino que apunta hacia ella analógicamente, se refiere a la cosa de un modo indirecto». De esta manera, vemos que en el núcleo mismo de la realidad hay algo que se nos escapa cuando lo pensamos, es decir, tropezamos con *un fondo desconocido* e inapreciable para el concepto. Su luz no le alcanza. En definitiva es solamente la palabra vida en toda su concretez experiencial la que está capacitada para captar lo luminoso. Y precisamente eso es lo que le falta al sistema, la realidad de la vida en toda su pujanza evolutiva y cósmica. Y de esta forma observamos cómo el sistema en sí mismo esconde «un vacío mortal», esto es, carece de «la experiencia en tanto vivencia inmediata».

Heidegger utiliza primero la palabra *vida* para señalar la novedad de su aportación filosófica, pero posteriormente incorpora, en su lugar, el término *Existencia*. Este ámbito nombraría la realidad humana en toda su integridad que en la terminología de Heidegger se diría como *Ser-ahí*, o sea, que «el ser humano es el lugar abierto en el que el ente aparece, llega al lenguaje, se hace ser».

Y es así como hemos de entender la idea heideggeriana del término *Da-Sein*; un ente que se preocupa y pregunta por el ser. Lo cual igualmente expresa que simultánea-

mente puede ser y no ser, es decir, que «está abierto y expuesto en su relación con el ser». Se configura de esta forma como un «ente creador y libre». Pero, desde el momento en que emerge en nosotros el sentido de la historicidad respecto a todo pensamiento, acción o producción, la actitud cognitiva más coherente y apropiada es la humildad y una visión plural del mundo, y relativa a su vez; una mirada probabilística del espacio y del tiempo, en tanto ámbitos de nuestro desarrollo personal y social. Nace en nosotros, entonces, la conciencia de que únicamente vemos de lo real aquello que nos es posible percibir y aquello que nos permite experimentar o descubrir las herramientas técnicas que van más allá de nuestra percepción sensorial. De esta manera el hombre esboza su peculiar forma de acercarse a la realidad y de ejercer su función interpretativa o hermenéutica. Todo ello le lleva a plantear a Heidegger el tema de la nada, de la libertad, como dimensión ética y desde ahí enfoca el problema del mal. Y así «es preciso aceptar el riesgo de asumir el mal como trasfondo del que surge el bien». Es de este modo como el sujeto queda expuesto a la intemperie de la Existencia, lo cual constituye una invitación íntima a asumir la libertad y la responsabilidad y escuchar la voz que sin decir nada llama a existir propiamente.

La trayectoria heideggeriana está en la trama de la discusión actual. Uno de sus aspectos es el problema que plantea Maffesoli en su artículo ya citado «Vida y existencia» que se recoge en la «Introducción» de este *Diccionario de la Existencia*. El autor formula su percepción de lo social también de la forma siguiente: se ocupa de investigar y observar el otro lado de lo formal, la conceptualización de lo no visto o escondido para la sociología contemporánea.

1. Selección de temas y enfoques que definen una posible lectura de la creación intelectual de Michel Maffesoli. La aportación y la perspectiva de su pensamiento elegida por este número de la *Revista Anthropos*

Desde el mismo inicio el autor nos plantea el tema de «El lugar de la experiencia», lo cual significa que es algo muy central en el núcleo de su teoría para la comprensión de las sociedades contemporáneas. Otros temas que siguen se refieren a diferentes matices que ayudan a adentrarse en su pensamiento. Podemos señalar entre otros: nómadas y naufragos, la misteriosa naturaleza del vínculo societal, la percepción comunitaria y su sabiduría, la concepción del arte y la fiesta en la Grecia clásica, una pertinente reflexión sobre modernización y desarrollo, lo imaginario o la centralidad subterránea, los límites sociales y argumentativos de la sociología, el valor epistemológico del demonio, la relación entre relevancia y opacidad, la concepción de las ciudades en América Latina, su concepción del humanismo trágico. Todos ellos son argumentos que nos acercan a la comprensión de la investigación y docencia de Maffesoli.

En el apartado «Percepción» nos encontramos como pórtico con un documento extraordinario del propio Maffesoli que nos abre el horizonte para la comprensión de sus aportaciones intelectuales y al análisis de las ciencias sociales. Su título es muy significativo: «El lugar de la experiencia en la posmodernidad». Este texto parte de una afirmación en la que se condensa su visión crítica y, a su vez, la razón de ser de su planteamiento sociológico. Dice que generalmente se analizan «los hechos sociales con criterios pertenecientes a un tiempo ya pasado». Y prosigue con su tono crítico y cierto. Con frecuencia se carece «de un planteamiento verdadero» y, entonces, «erigen en doctrina sus propios prejuicios».

En verdad, lo que acontece es que «se trata de una ideología [...] la de un ser todopoderoso en cuyo modelo rige el Dios único [...] fundamento legítimo de todas las cosas»; esto es, este pensamiento se constituye en «el paradigma de toda causalidad». Pero a esta postura se le puede oponer «un realismo trascendental» que «integra un imaginario muy presente en la interacción social». En el fondo se trata de un híbrido contradictorio que se torna «en serio devenir», es decir, «la vida como camino. Una ontogénesis *fundamental*». Se puede, con todo, plantear una realidad desvinculada de una *experiencia viva*. Y por lo mismo, incapaz de percibir «su parte de sombra y sus sueños, sus emociones y sus afectos». Pero, «todas estas cosas se fundan en el ser colectivo social». Me parece sumamente importante su invitación a una mayor reflexión acerca de todos estos conocimientos, sus flujos y la condición de sus cambios. Y es en esta situación, precisamente, cuando hemos de saber elegir «las nociones, las metáforas, las palabras ordinarias que engendran las cosas [...]; saber oponer el relativismo de la experiencia al absoluto o al dogmatismo de los sistemas».

Nos advierte el autor que ya en libros anteriores había formulado lo que significaba para él «una sociología de la vida». Dicha sociología pondría el acento «en la interacción de las personas y de las cosas». De este modo, se da una perfecta convergencia entre «el entorno social y el entorno natural». Por lo cual, se podría hacer cargo de su «arraigo dinámico». Radicaría en ello «una sensibilidad empírica». Y es así como «un pensamiento de la vida» se opone a ese constante decir no a la crítica. Se trata de una actitud beligerante que nos oculta la debilidad del ser o la incapacidad para pensar; «el sentido trágico de la existencia». El aspecto poético y maravilloso de la vida «remite a lo que podría ser un pensamiento orgánico». Ahora bien, en todos los dominios «la experiencia es la auténtica referencia que permite explicar la relación que cada uno establece con el grupo, la naturaleza y la vida en general».

Una experiencia que se apoya en lo oscuro del afecto, «la emoción, de la sintonía con el otro», sin olvidar que lo concreto requiere «un ajuste intelectual con lo que se describe. Hay que *crecer con lo que avanza*». Y así, «la mirada concreta», se centra en «los detalles cotidianos» y en «las pequeñas cosas», pero que «dan sentido a la vida colectiva». Sería todo esto lo que constituye «el cimiento esencial de las tribus urbanas...»; *las pequeñas historias* es lo que hoy configuran *el lugar central de la experiencia*.

Lo importante es darse cuenta cómo la experiencia comparece «en el detalle, en el fragmento». De esta forma, frente a la *conciencia refleja*, propia del individualismo epistemológico, aparece la «conciencia de Sí, de grupo o de la tribu, expresión de un ideal comunitario».

M. Maffesoli afirma lo siguiente: la conciencia de Sí, «funciona como el fundamento de una concepción pragmática de la sociedad. Por otra parte, la conciencia de Sí apuntaría a *la idea* en lo que ésta tiene de inagotable, idea aprehendida por la intuición. Idea orgánica y arraigada, idea emocional y sustrato de la comunidad». Por un lado, se trataría de un saber general y abstracto propio del individuo y, por otro, de *una conciencia ordinaria*.

Pero ¿cuáles serían las características de una conciencia espontánea? De todas maneras se establece una relación entre experiencia individual y la conciencia colectiva, la cual existe en función de ésta. Así, *el colectivo* sería una *reserva de experiencia*. En consecuencia, únicamente sería posible la experiencia personal a partir de un cierto arraigo. Lo que posibilita el retorno de un «reencantamiento del mundo» y, a su vez, nos mostraría la vuelta de algunos *elementos nativos*. Por otra parte, la rumia «es el elemento fundador del sustrato comunitario». Aparecen así *las edades de la vida* tal como nos las describen las diversas mitologías.

En el fervor de la música gótica se puede encontrar este conjunto de sintonías y experiencias. E igualmente lo podemos encontrar en la literatura. Lo cierto es que hay una memoria antigua de la que «la persona y la comunidad extrae sus sueños con los cuales se constituye toda sociedad».

Hasta aquí el análisis y contenido del tema que el autor califica como *el lugar de la experiencia*. Vemos de esta forma que la experiencia es la fuente de los modos de ser en concreto. Éstos se encaminan dinámicamente hacia las diversas tribus y colectividades en la búsqueda inquieta de su identidad diferente, dinámica y novedosa.

Celso Sánchez nos presenta a continuación una sucinta biografía del autor. Destacamos únicamente la siguiente tesis que parece central para acercarnos al pensamiento sociológico de Maffesoli. Dice: «crea una sociología muy pegada a la materia, *que sabe*, cargada de *saberes y sabores*, producto de un cruce de influencias que dan a luz una obra singular, heterogénea y [...] inclasificable». En su obra, pues, conviven elementos paradójicos que no encajan muy adecuadamente en las teorías más generales de la sociología.

Celso Sánchez destaca algunos de estos temas: el elemento *mediterráneo* con su potenciación de lo imaginario, lo pasional y lo erótico; «la experiencia estética» como un sentir-en-común; el rasgo trágico que se agota a cada instante; el pensamiento simbólico con su conjunto plural de referencias, a través de los cuales se propone dar cuenta de «la complejidad de una vida social».

Su campo teórico e investigativo en el ámbito de la sociología, habita «el bajo mundo de la materia: lo orgánico, los cuerpos, las pasiones, lo erótico, la sexualidad, la misma tierra», a todos aquellos, hombres y mujeres que conviven y se fundamentan en el trabajo. Constituye, pues, desde ahí una sociología no muy cercana a los cánones de la academia oficial. Por otra parte, su vinculación con el mundo obrero y popular le lleva a descifrar los temas «de la vida cotidiana».

Celso Sánchez describe las líneas fundamentales de su formación académica y aquellos autores con quienes ha estado en relación; así como su pertenencia a algunos movimientos críticos. Es importante su colaboración en la fundación del Centro de Estudios sobre lo Actual y Cotidiano. Algo muy significativo en su proyecto de investigación sociológica y que de alguna forma marca su peculiar trabajo intelectual. Lo más interesante es entender cómo se aleja «de las líneas de pensamiento dominante». De este modo, su análisis de las *sociedades* lo lleva a cabo a partir del concepto de *neotribalismo*.

Celso Sánchez establece tres fases en su proceso de investigación y docencia:

a) La primera comprende desde finales de los sesenta hasta principios de los ochenta. De esta época destaca los siguientes temas: la presencia del marxismo, la Escuela de Frankfurt entre sus referencias intelectuales y su crítica de la modernidad. Y a su vez, Maffesoli señala, en este momento, con mayor incidencia «la creatividad de lo imaginario» frente a «los cánones rígidos de la razón cartesiana».

b) La segunda etapa abarcaría desde los inicios de los años ochenta hasta 1988 en que publica su libro *El tiempo de las tribus*. Sus temas de interés en esta época son: «las diferentes formas de participación comunitaria a partir de lo sensible y sentimental». El otro adquiere aquí ya una centralidad extraordinaria en la elaboración de su pensamiento.

c) En esta última fase, que iría desde finales de los ochenta hasta la actualidad, alcanza su etapa de madurez intelectual. Y desde su afirmación de lo social se produce un retorno a «ciertos aspectos simbólicos, míticos y sentimentales del pasado». Aparecen así las sociedades dominadas por la imagen, «lo sensible, el deseo, la pertenencia a

diferentes comunidades». Hay, pues, en su concepción de la sociología, un predominio de lo *sensible*. Pero lo más importante es su aportación a una comprensión más eficiente del *neotribalismo*, es decir, «frente al paradigma individual imperante..., va a proponer el grupal formado por distintas tribus a las que puede pertenecer una misma persona en función de afinidades». Estudia «el sentimiento comunitario» desde un cierto tipo de «sensibilidad cultural».

Maffesoli, ciertamente, ha sabido combinar perfectamente su trabajo docente con la dirección de centros *de investigación interdisciplinar*.

Toda esta descripción sucinta de su biografía intelectual se complementa con una cronología de sus principales actividades científicas y docentes y, asimismo, con una bibliografía de su obra y otros trabajos sobre su propuesta sociológica. Por último, se incorpora en esta sección un trabajo del profesor Miguel Martínez Miguélez en el que se formula, desde un análisis de su base epistemológica, un enfoque de la biografía intelectual de Maffesoli. Quizás el siguiente principio que establece este autor nos sirva de ilustración de su punto de vista: «el cambio sistemático en el contenido de los términos fundamentales, lleva necesariamente a un cambio sustancial en la teoría básica defendida». Destaca lo más importante de su aportación a la postmodernidad, es decir, *una sensibilidad cuestionadora y crítica* y, a su vez, el concepto de «verdad plural».

Seguramente lo más importante de su artículo sea el punto tres en el cual se refiere a temas y aportes relevantes de la sociología de Maffesoli y el análisis de su fundamentación epistemológica. Concluye el autor de este artículo, finalmente, con una percepción certera del trabajo de Maffesoli: el diálogo como método y la transdisciplinarietà. Evidentemente que *la transdisciplinarietà* exige un paradigma epistemológico diferente del habitual.

Con este conjunto de ideas que hemos señalado, el apartado «Percepción» nos ofrece una primera visión con sus matices de la obra y pensamiento de Michel Maffesoli.

Nos adentramos ahora en la parte central que llamamos «Argumento». Se analizan y estudian aquí ampliamente aquellos temas y conceptos que mejor definen sus originales y concretas contribuciones al ámbito de la sociología contemporánea. Destacamos entre ellos los siguientes: nómadas y naufragos; su concepto de postmodernidad; la misteriosa naturaleza del vínculo societal; lo imaginario en la centralidad subterránea; nuevas formas de lo social: maras, multitud, las emociones y su posible expresividad en el medio social; una reflexión detenida en referencia a modernización y desarrollo; el valor epistemológico de la figura del demonio y el código de observación relevancia/opacidad.

Todo este conjunto de temas constituyen una invitación a leer y a comprender mejor su obra, muy especialmente bajo el concepto novedoso de las tribus urbanas que los jóvenes configuran.

En el apartado «Análisis temático» se estudian aquellas áreas de su pensamiento que complementan y destacan todo lo expuesto anteriormente. Especialmente aquellos hechos que señalan una sensibilidad diferente de los fenómenos sociales actuales. Tenemos, de este modo, contribuciones y análisis que iluminan los aspectos novedosos de su obra. Apuntamos entre ellos: el pensamiento de la sospecha, observaciones y límites de la sociología de la postmodernidad; fragancias comunitarias y sabiduría, la irreprimible potencia de las masas, el tiempo postmoderno entre la ética y la estética, la figura de Dioniso sin el bálsamo del arte y la fiesta de la Grecia clásica; el humanismo trágico de la postmodernidad, etc. Todo este conjunto de ideas ofrecen la posibilidad de adentrarse en la apertura de una obra que nos permite el contacto con la

novedad de un pensamiento y, a su vez, estimula nuestra imaginación creadora y sensibilidad frente a los diferentes fenómenos sociales que hoy se nos ofrecen, especialmente las experiencias y silencios de los jóvenes, pero también sus nuevos comportamientos sociales.

Expresamos aquí nuestro agradecimiento más sincero y efusivo a Celso Sánchez Capdequí por su labor de coordinación y selección de los temas y autores que participan en este número de la *Revista Anthropos*. Reconocemos la importancia del autor y su obra a quien este número se dedica, especialmente por su visión innovadora de la sociología contemporánea. Por su mediación investigativa podemos reconocer y entender múltiples fenómenos sociales que nos permiten una mejor intelección del concepto de neotribalismo y su posible vinculación con nuevas afinidades comunitarias.

2. La transfiguración de lo político

Generalmente, el planteamiento de una investigación y sus saberes correspondientes, suelen tener como objetivo la búsqueda de unas regularidades en los fenómenos de su estudio, un orden y el establecimiento de una normalidad, capaces de superar el caos y las irracionalidades que habitualmente nos ofrecen los datos de la realidad. Pero el trabajo intelectual de M. Maffesoli no sigue este camino, sino que, precisamente, elige la dimensión oscura, afectiva e informal, para sus proyectos de investigación y la posible construcción de una teoría sociológica innovadora. Es esto lo que nos quiere decir cuando se refiere en su obra a la idea de la *transfiguración* de lo político. Así nos lo expresa con toda claridad en su libro *La tajada del diablo. Compendio de subversión posmoderna*. Dice: «El saber/poder oficial, aquel que se contenta con repartir certificados de conformidad, aquel que se aboca a la asepsia de la sociedad y del saber dando cuenta de ellos se ha vuelto demasiado abstracto. La abstención es la única respuesta que se envía a todos estos responsables. Volvámoslo a decir; la energía juvenil ya no tiene como objetivo la reivindicación, el proyecto, la historia; se manifiesta y se agota al instante —fiestas, solidaridades en la urgencia—, y no hay que hacer de ello una traducción política abstracta. De ahí la abstención masiva, la no inscripción en las listas electorales u otras formas de indiferentismo. Es lo que denominé *la transfiguración de lo político*».

Los jóvenes actuales se sienten, en gran medida, alejados de los grandes discursos y relatos de la historia y se sitúan enfrente de esta línea de pensamiento. Huyen de lo abstracto y prefieren las pequeñas experiencias de grupos en los que todos se reconocen en la convivencia. Prefieren, ante todo, la horizontalidad de la red y el sentimiento de su propia solidaridad. En consecuencia, lo que ellos pretenden es «pensar lo sensible en todas sus manifestaciones». Lo cual implica «una imperiosa exigencia intelectual», que les permite «echar a andar una razón más rica, abierta a lo paradójico y, así, capaz de pensar la polisemia» de las nuevas realidades que le circundan. Todo ello les está exigiendo, por otra parte, un profundo cambio de perspectiva que les lleva a «ya no criticar, explicar; sino comprender y admitir». Y de este modo comprobamos, una vez más, la verdad de que existen en la sociedad herejes, o abogados del diablo, que conectan con otra dimensión oculta de la misma. Y es así como se clarifica perfectamente el tema que Maffesoli quiere plantear en su libro, esto es, «*la relación orgánica del bien y del mal*».

La paradoja que aquí se nos presenta es la de aceptar «el mal en sus diversas modulaciones» y que en ello se pueda «encontrar una cierta alegría de vivir». Se preten-

de, pues, de alguna manera, «reconocer *la tajada del diablo*», en nuestro medio urbano, en sus conflictos y funciones. «La vida empírica, que debe ser nuestra última referencia, *sabe* todo esto perfectamente. No hay nada de original en las páginas que siguen: estas ideas están en la mente de todos. Lo que falta es tener el valor de formularlas. No hay nada original en lo que es original».

Pienso que radica aquí, precisamente, uno de los puntos más novedosos de la percepción que Maffesoli tiene de la realidad de su entorno. Él sí es muy coherente con el pensamiento que él mismo expresa en sus libros: «no se comprende bien una época más que respirando su olor».

M. Maffesoli, profesor e investigador de lo concreto e informal en lo social, desarrolla estas ideas en diferentes libros de una forma amplia y precisa. Por lo que se refiere a su proyecto teórico más general, incide en algunos de ellos más en concreto. De inmediato nos referimos aquí a su obra *La transfiguración de lo político. La tribalización del mundo posmoderno*.

En este ensayo inicia el autor su planteamiento con una reflexión acerca del poder. Una realidad ésta siempre vinculada a la experiencia y al proyecto político y a la gestión del *poderío* o potencia, que de alguna forma se esconde en la cotidianidad. Este hecho está en conexión muy estrecha con los procesos de *dominación, totalidad y violencia*. Son conceptos éstos que circulan habitualmente por la *atmósfera social*.

De acuerdo con el planteamiento anterior del autor, vemos que la sociología clásica se ha olvidado completamente de estos aspectos. No ha sido frecuente en sus investigaciones que consideraran la imbricación de las dos entidades *poder y potencia*. En este sentido, pues, es como entiende el autor *la transfiguración de lo político*. Ahora el punto de reflexión e investigación es *lo informal*. «Los observadores sociales han estado más atentos desde la tradición europea marxista a la cuestión de lo político desde el ámbito de lo instituido, de lo oficial, de lo normativo, y no desde el punto de vista de la dinámica instituyente, informal, policultural, es decir, aquello que de manera cotidiana irrumpe en la estructura social y política conjuntándose con dinámicas inesperadas, asociadas a los imponderables y a las lógicas subterráneas».

Ciertamente, que los observadores y estudiosos de la sociología, no han considerado lo que el autor llama *la dinámica del triadismo*, ni en sus inicios ni en la cumbre de la modernidad. Señala Maffesoli cómo esa relación es un proceso abierto y cambiante entre lo instituido y lo instituyente, o sea, el policulturalismo. La sociología clásica no ha considerado el hecho fundamental de que «la política está constantemente influida por el dinamismo cultural e individual que descansa principalmente en la tensión de elementos heterogéneos».

Lo que la metáfora del triadismo nos permite hacer es esclarecer el tema de «*la paradoja, el estallido, el desgarramiento, lo contradictorio*», esto es, «la pluralidad constitutiva del neo-tribalismo contemporáneo», lo cual influye en toda la vida política de la sociedad. De todas formas, «nunca es suficiente reflexionar en torno a la dinámica de lo informal de la vida social, más aún alrededor de la relación que siempre ha existido entre la política y la estrategia informal. Relación, cabe insistir en ello, que ha sido desdeñada por la sociología moderna y, más aún, en algunos ámbitos contemporáneos».

La propuesta de Maffesoli, frente a las corrientes de pensamiento que actualmente gobiernan una parte muy importante de la investigación sociológica, es muy coherente en su formulación de ideas innovadoras. Prefiere a su posición calificarla de *prospectiva*, antes que llamarla *alternativa*. Y así, de lo que en verdad se trata es de insistir y mostrar el otro lado presente en la realidad social. Este aspecto ha predominado en toda el área de la modernidad, fundamentalmente en «los temas políticos

como fue el tema del poder». Y de este modo «hay que destacar en la actualidad el aspecto informal de la vida, lo instituyente contra lo instituido, más aún, se puede decir que se trata de lógicas que pueden describirse a través de la llamada socialidad, o lo que en otros espacios se ha denominado como centralidad subterránea. Todo esto no son más que nociones diferentes que expresan una misma dinámica siempre presente en nuestras sociedades y enuncian una misma realidad. Es esta misma realidad la que llamamos el substrato de la existencia, de la cual es necesario dar cuenta de manera metafórica, aunque sólo sea para desenmarañarlo de las perfecciones letárgicas de lo político constituidas a su alrededor».

Merece la pena destacar la insistencia de Maffesoli en señalar cómo las ciencias sociales se han ocupado principalmente del análisis del poder, esto es, «de lo instituido, de lo oficial, de lo normativo». Y, en consecuencia, han prestado menos atención a *la dinámica de lo instituyente, lo informal y lo policultural*, es decir, aquello que de manera cotidiana irrumpe en la estructura social y políticas del presente. En lo que sigue se muestra lo evidente: «es a partir de la informalidad que se elabora la construcción social de hoy y de los años venideros», formula con la máxima claridad y firmeza Maffesoli. El conjunto de todos estos aspectos pueden ser nombrados «con la metáfora de la potencia o poderío del tejido político-social. A diferencia del poder, el poderío se refiere al ejercicio práctico y directo de los actores sociales sobre su entorno y la potencia; como sucede en la mayoría de los casos, representa efectivamente las posibilidades efectivas que tiene un individuo de influir su entorno. En otras palabras, para librarse de la normatividad del deber ser, hay que asediar la lógica de una forma social (política, utópica, poder...) y, para ello, poner en juego una insolente ingenuidad y un formalismo sofisticado en muchos aspectos».

De este modo, de lo que se trata ciertamente es de poner énfasis en «los fenómenos informales y la llamada Violencia totalitaria».

Utiliza aquí el autor dos metáforas que muestran claramente ambos aspectos. La primera revela «las dinámicas vinculadas» con ciertas habilidades y «la negociación, en tanto que productora de cambio social y político, principalmente en los espacios de incertidumbre generales y emergentes [...] Se trata del funcionamiento de la riqueza social y política que forma parte de los procesos subyacentes de interacción individual (pasiones, sentimientos, pertenencias) donde se juegan las relaciones de fuerza, de respuesta y resistencia».

La segunda metáfora nos informa adecuadamente de «esa presencia impositiva del Estado, de la ontología, de las instituciones y de sus diversas representaciones que a través del discurso, de la imagen y otros modos simbólicos de instauración logran presentarse como formas certeras de lo social».

De todas formas, es importante anotar cómo en el «aspecto estructural y antropológico» la violencia es simultáneamente *totalitaria* y *fundadora*. En definitiva, «es la violencia de los buenos sentimientos que concede protección a cambio de sumisión. Cabe señalar que no se trata sin duda de un elemento nuevo emergido en las sociedades posmodernas, sino de algo palpable cotidianamente de lo cual no es necesario más que tener la sensibilidad e intuición sociológicas para analizarlo y prestarle su correspondiente atención».

Y así necesitamos reafirmar, una vez más, que la sociología hegemónica tiene verdaderas dificultades para considerar todo aquello que está más allá de lo instituido y normativo. En consecuencia, carecen de la posibilidad de percibir *la dimensión informal*. No cabe duda, pues, que «toda la sociología establecida... no alcanza a comprender nada más allá de lo establecido. Por lo cual, les es imposible percibir esa dimensión informal de la existencia... el substrato de la realidad social y política». Resultado de

todo ello es «la existencia de un estrecho lazo entre política, politeísmo y lógica informal que se puede resumir perfectamente en la noción de potencia. Más aún, cabe señalar que debido a su intensa confrontación con la historia, América Latina se ha visto en la necesidad de lidiar, armonizar u organizar las dos lógicas aquí mencionadas. (Informal-estructura formal, instituyente-instituido, certidumbre-razón, etc.) Hay que ver en ellas, al menos en lo que concierne a los observadores sociales, que más que tratarse de una tensión o contradicción destructiva que ha impedido a la región hispanoamericana su *desarrollo*, son elementos de potencialización para la consolidación de su propia concepción del mundo y la identidad que le acompaña».

En todo este planteamiento queda definitivamente cuestionada la razón monoteísta y ahistórica del mundo; pero también la unidad identitaria y de ciudadanía. Actualmente, y de acuerdo con la formulación de Maffesoli, «el sustrato vinculado con la ciudadanía es aquel de la síntesis de la diversidad cultural y de las múltiples identidades en una sola».

El concepto de ciudadanía pretendió borrar en América Latina «toda diferencia tanto racial, como cultural».

En las siguientes páginas ahonda el autor en el análisis a fin de formalizar un texto con referencia de nuevo a la situación de América Latina y del mundo hispano. En estos ámbitos ya no se puede pensar de acuerdo con la ideología del Estado-nación. Ciertamente que desde este punto de vista se nos presenta América Latina como un *laboratorio* de observación de la diversidad; muestra todo ello fehaciente de un *policulturalismo étnico*. Esto nos obliga a acercarnos a lo concreto y peculiar:

En América Latina, en el mundo hispano, tener la capacidad de pensar en sí mismo, en su potencialidad propia, resultará no nada más en la construcción de una identidad proyectiva, sino también en la elaboración de sus propias herramientas de análisis. En una palabra, resultará en un proyecto de sociedad que pueda contaminar el resto del mundo social, aunque sólo sea para dar cuenta de una de tantas dinámicas sociales, humanas que existen en la dinámica política, pero de la que es necesario dar cuenta y tener en mente constantemente.

El gran problema en la actualidad con los intelectuales latinoamericanos es que permanecen obnubilados por los enfoques europeos clásicos, por la misma razón de que estuvieron formados en Europa, permaneciendo obsesos por los esquemas del Estado-nación, de la ciudadanía, de la filosofía de la ilustración. Se puede pensar de manera irónica que la Ilustración o la época de las Luces se han vuelto pequeñas luciérnagas parpadeantes, puesto que en el fondo lo que funcionó durante tres siglos, ya no funciona en la actualidad, aunque los intelectuales latinoamericanos permanezcan imbuidos en estos enfoques decimonónicos. En la actualidad, es necesario justamente desapegarnos del sentido de seducción que efectuó el gran ilusionismo de la época de las Luces y estar atentos a la realidad que sucede día a día en nuestras sociedades. Esta realidad es justamente aquella que está directamente implicada con la dinámica informal, con la dimensión múltiple étnica, en suma, con la lógica del mestizaje.

[Michel Maffesoli, *La transfiguración de lo político. La tribalización del mundo posmoderno*, Herder, México, 2004, p. 31.]

En este texto M. Maffesoli nos invita a volver a las fuentes originales de la creatividad cotidiana y, desde ahí construir el futuro con un estilo peculiar y novedoso. Surge, así, la urgencia de mirar para adentro y centrarse en la dinámica cotidiana e informal.

El presente libro lo cierra el autor con un texto que titula «A manera de apertura». Veamos, entonces, en qué horizonte se concreta y matiza su pensamiento. Parte de la formulación de este hecho: hoy en la sociedad ya ha dejado de vertebrarse todo sobre *la razón mecánica*, la gestión de lo político o lo económico. Lo cual, por su-

puesto, no significa que hayamos caído en el total desorden, sino que más bien, «la implosión de todo este conjunto puede dar nacimiento [...] a un orden secreto, una razón interna [...] donde la pasión, el sentimiento, la razón no instrumental entran en correspondencia, para constituir una de las organizaciones más sólidas». Lo cual vendría a configurar «un verdadero cuerpo social», cosa que se logra por medio de la «reversibilidad constante que tiende a establecerse entre el individuo y su entorno». Todo ello es muy coherente con el pensamiento ecológico. Bien entendido que se comprende el entorno como una realidad *natural y social*. Y es precisamente en ese contexto en el que aparece el *genio* con capacidad de *comprenderlo todo* e incluso de «enamorarse de todo y de todos». Se trataría, entonces, de poseer una facultad «del entusiasmo que sabe [...] condensar la energía circundante [...], que se emplea en cristalizar el mundo en su entereza».

Vemos, de este modo, que es en la estructura misma del genio de despersonalizarse, de duplicarse hasta el infinito con el fin de esposar, a través de su creación, todas las facetas y todas las potencialidades de la existencia». Por lo cual es muy entendible que «este genio, esta facultad del entusiasmo, se vuelva una capacidad colectiva: el *genius*, en tanto que genio de un pueblo, de una comunidad, de un lugar, de un pequeño grupo dado».

De esta manera podemos entender que la vida sea «una obra de arte» y la existencia... «como creación de un nuevo medio social». Entonces «el sueño colectivo y la subjetividad de masa armoniza estas facultades que con la imaginación, la razón, lo simbólico, lo sensible en una suerte de empatía universal, que es otra manera de decir y de vivir un lazo societal», que no se queda en el mero *decreto o contrato social* por los que se gobierna la modernidad. En consecuencia, observamos que «el entusiasmo, la emoción, la pasión común será entonces el cimiento asegurado [...] la gestión, el ajuste de los individuos y de los grupos entre ellos». En el horizonte intelectual aparece, «un nuevo paradigma, o [...] una nueva episteme...» lo que va a conferir a la fórmula del *estar-juntos* otra configuración. Así como en la modernidad todo se regía por el *principio de individuación*, ahora la cultura se funda en «el sentimiento compartido». De esta forma, «la cultura es un bullicio primordial que contiene, todos los valores míticos, organizacionales, religiosos, intelectuales, llamados a constituir la vida en sociedad. En este sentido, antes de civilizarse en obras de la cultura (música, pintura, arquitectura), la cultura es el terruño, más o menos fértil, en donde van a crecer las costumbres y las maneras de ser, características del genio de un grupo particular. Es por tanto, un conjunto envolvente, que favorece lo que los griegos llamaban la *paideia* y que, más que una simple pedagogía en el sentido habitual del término, nos conduce a la formación, a la conformación del hombre en sociedad».

Bajo este aspecto, el sentido de la *paideia* no es otro que *la conformación del hombre en sociedad*. De esta fuente originaria surgen valores *arcaicos* tales como particularismos locales, una referencia espacial más intensiva, religiosidad, sincretismo, culto del cuerpo, etnicidad, narcisismo de grupo... la dimensión común de todos estos aspectos la constituye *la estructura comunitaria*.

En este punto se puede observar una *saturación de lo político*. Lo que hasta ahora hemos formulado como lo universal, lo normativo, lo racional y contractual deja su lugar «a lo doméstico, en lo que tiene de particular, libertario, de imaginario y de afectivo». Todo este proceso es lo que constituye para Maffesoli *la transfiguración de lo político* o «el doble de lo político». Más claramente lo que el autor llama: «su rostro oscuro, el de la pasión, el de la centralidad subterránea [...] el de la potencia popular, de las utopías intersticiales, que favorecen la fusión [...] y la prioridad dada a la vida sin cualidad ni atributos».

Con todo, se ha de tener en cuenta que «más que una acción sobre el mundo, lo que prevalece es una forma de contemplación de este mundo». Y ello es lo que nos lleva a una cultura de la emoción y del sentimiento e igualmente «de un desarrollo tecnológico orientado hacia la interacción, la puesta en relación, la tacticidad, que es por esencia apolítica».

De todas formas, hemos de advertir que detectar el cambio requiere antes una «subversión teórica». La historia, en verdad, nos ofrece múltiples ejemplos de ello. Y en estas ocasiones «se le otorga un valor positivo al éxtasis, es decir, a la orgía aguda en tanto que ebriedad divina». Ahora bien, queda claro que «la orgía divina y las diversas formas de trance [...] no tienen nada que ver [...] con una trascendencia cualquiera». Al contrario, «ella es causa y efecto de los pequeños grupos (tribus) que son de esto los portadores».

Entonces, se trataría de una «trascendencia immanente», cuya preocupación central es su arraigo en el territorio sea éste «real o simbólico». Vemos aquí cómo frente a la homogeneidad en una sociedad moderna surge «en todas partes una heterogeneización galopante» que contamina a las sociedades existentes en su conjunto. «El trabajo ya no obedece más a las leyes de la negociación, las economías están sometidas a una lógica guerrera, las instituciones tienden a la fragmentación, lo político se tribaliza y obedece cada vez más a un mecanismo de seducción, la religión cede su lugar a las formas menores de lo sagrado y la familia nuclear ya no tiene más el monopolio de la gestión del sexo. En cuanto al individuo, hace mucho tiempo que su identidad sexual, ideológica, profesional, ha volado en pedazos y se encuentra confrontada, de una manera interna, a su propia pluralización y de una manera externa a la exacerbación de una alteridad de las más crueles. Por consiguiente, ¿se puede continuar pensando lo social a partir del presupuesto de la solidaridad mecánica?»

Este texto nos muestra un preciso diagnóstico de la nueva situación de la sociedad y de sus movimientos más significativos. Y así la transfiguración de lo político consiste en la asunción de lo informal, lo instituyente y, en definitiva, el otro lado oculto y presente de la realidad, pero que hasta ahora no se había querido asumir. De este modo es como puede el autor afirmar que «el desafío y lo que está en juego se encuentra en otro lado».

Todo ello el autor lo ve «en el establecimiento, de manera progresiva, de una solidaridad orgánica hecha de atracciones y repulsiones, de identificaciones afectivas o emocionales compartidas». Se evidencia hoy un conflicto muy claro «entre el Estado-nación y el no-Estado», ante todo aquello reglamentado de forma contractual y un nosotros funcional. Desde esta última perspectiva todo se nos aparece como imprevisible. «El orden que parece dibujarse es el de un conjunto de comunidades que no son, en ningún caso, positivas o unanimistas, sino que permanecen precarias y sometidas a la versatilidad de la emoción. Más que una unión plena, una unión de proyecto, la solidaridad que nace proviene de una unión de carencia, en hueco; una comunión de soledades que de manera puntual viven lo trágico de la fusión, donde a partir de una manera orgánica, la pequeña muerte y la vitalidad se viven día a día».

La propuesta del autor parece muy clara, al igual que su diagnóstico societal. Define perfectamente la potencia de los nuevos grupos sociales, pero, sobre todo, del colectivo social, quienes renuncian a definir sus posturas desde perspectivas diferentes a como hoy se concibe la política y la vida social en general.

3. El neomadismo y la importancia de sus procesos socio-históricos

No cabe duda de que Maffesoli muestra una extraordinaria sensibilidad para captar otras realidades que configuran sus conceptos y teoría sociológica. El autor en su escritura, docencia e indagación societal nos ofrece el otro lado de cuanto ya existe en la sociedad, de forma viva y efervescente; muy especialmente se refiere a esas experiencias tan diferentes de los grupos de jóvenes urbanos y sus afinidades afectivas. Nos adentramos en algunos aspectos del pensamiento de Maffesoli, a través únicamente del texto que él titula *El tiempo de las tribus*, y que está prologado por Jesús Ibáñez.

Nos referimos, en primer lugar, a algunas de las ideas y valoraciones que en dicho prólogo formula su autor. El primer concepto que él establece es calificar a Maffesoli de sociólogo *nómada* y, asimismo, entiende su teoría y el conjunto de sus investigaciones sociológicas bajo este mismo aspecto.

Pero, ¿qué entiende este autor por sociólogo *nómada*? Sencillamente alguien que escribe «en el presente y sobre el presente». Resultado de todo ello es que la teoría de Maffesoli impregna «la vida cotidiana». Reconoce Jesús Ibáñez que el contacto con la obra de Maffesoli le ha ayudado a comprender «el aquí y el ahora del mundo —dice— en que vivo». Por otra parte, Maffesoli «maneja más la afirmación que la negación». Y de este modo, el prologuista entra rápidamente en el contexto en que emerge la creación de pensamiento sociológico de Maffesoli, tan innovador y abierto al otro lado de la sociedad. Destaca así, con toda claridad, la distinción entre *modernidad* y *postmodernidad*. Señala Jesús Ibáñez en la obra de Maffesoli la construcción de orden que asienta en tres ejes: Descartes, eje filosófico; Lutero, eje religioso; la Revolución Francesa, eje político. Todo ello para hacer venir lo que ya está presente en la sociedad.

Sin embargo, si queremos pensar la postmodernidad de esta forma, hemos de inventar nuevos conceptos e idear «un nuevo paradigma». Dicho paradigma carece de fundamento y su historia está falta de sentido. Y todo ello se nos revela frente a «la modernidad (que) ha intentado construir lo social como un orden». Y es así como la masa se nos presenta como aquello que no puede «ser codificado por lo social». Aparece, pues, todo ello como «una potencia protoplasmática que invade todos los órdenes de lo social». Pensar esta nueva realidad ahora presente, no puede hacerse desde un punto de vista lineal y arborescente. El presente sólo se puede abordar desde un pensamiento *rizomático* y en forma de *mosaico*. El motivo de ello es que el concepto de la razón que define la modernidad funciona con el modelo de *lógica binaria*, esto es, sólo computa en términos de *sí o no*. Pero el afecto se mueve en una lógica no-binaria y su modo de computación es más cualitativo y se nos presenta bajo la fórmula de *más o menos*. Lo que hace Maffesoli es analizar esa zona oscura a la que no alcanzaron a llegar pensadores tan importantes como M. Foucault y otros, es decir, no llegaron a ese «residuo de disolución de lo social». Lógicamente, dicho análisis, sólo lo puede llevar a cabo un científico social de la vida cotidiana. Ella es la fuente capaz de ofrecer los materiales «para inventar [...] los conceptos que le permitan analizar esa realidad». Y es en esa dimensión concreta en la que nos podemos contagiar de sentido común. De este modo, la formulación de Maffesoli estaría muy próxima a una *sociología espontánea*.

En este sentido, la relación propietarios/proletarios es una *oposición privativa*. Toda su realidad queda encerrada en el orden interno del capitalismo. Y así, su fuerza revolucionaria se agota en sus propios términos. «En cambio, en la oposición señores/pueblo,

hay término marcado: *pueblo*. Pueblo designa un exceso no semiotizable, no semantizable, no codificable por el orden social. Una potencia revolucionaria. Se entiende el miedo de los sociólogos, servidores de los señores, a contaminarse del saber popular». Una realidad que no puede ser codificada por el orden social; se trata de un exceso. Aquí queda cuestionado todo lo que, en principio, está al servicio de los señores, como la producción habitual de conocimientos y frente a este orden, «que clava cada persona y cada cosa en su lugar, reivindica Guattari la transversalidad. La comunicación en todas las direcciones y en todos los sentidos posibles». Igualmente, otros autores, reivindican también la *transversalidad*, es decir, *una mirada transversal*, sea ésta de comunicación o invento. Lo importante es el hecho «de hacer venir lo que ya estaba».

Es sumamente significativo el siguiente texto de Maffesoli que encontramos en su libro *El tiempo de las tribus*. Dice así: «más allá de toda especialización, y sin invalidarlas en modo alguno, es importante servirse de imágenes religiosas para captar *in nuce* las formas de agregación social. Mirada transversal, o comparatismo en cierto sentido, que constata las historias humanas. Aun cuando la etimología sea dudosa, la religión (*re-ligare*) o *re-ligancia*, es una manera pertinente de comprender el vínculo social».

Con todo, lo importante es «ese sentir conjuntamente», que crea vínculos operativos y realidades marginales, pero muy efectivas socialmente. En este ámbito, lo emocional se pone en marcha, lo cual convierte «a lo fáctico en la comunicación». De esta forma, Maffesoli construye una red de conceptos tales como *comunidad emocional*, *potencia subterránea*, *socialidad*, *tribalismo*, *policulturalismo*, *prosemia*, etc. Masa y tribu son los conceptos que se oponen a la polaridad *individuo/sociedad*, aunque dichos conceptos no se enfrentan en cuanto a su contenido y expresividad creativa. De todas maneras, Jesús Ibáñez formula y señala que frente a la lógica de la pregunta/respuesta, habría de oponérsele la estructura de la *conversación*, ya que ella opera en lo cotidiano como liberación. De todas formas, queda el concepto rizomático de *potencia subterránea*. Y es bajo este aspecto que entendemos que «la potencia reside en lo no-dicho, en el secreto, en la duplicidad. En la condensación de lo simbólico. Ha dicho Spencer-Brown que el símbolo es *elegante* porque da a *elegir*. La potencia de las masas es demoníaca. Resistencia contra el poder de Dios. Frente a la transcendencia del poder, la *transcendencia inmanente* de la potencia subterránea». En consecuencia, desde el punto de vista orgánico, «potencia es lo que resista».

Es en este contexto que tiene sentido la metáfora del agujero negro, en tanto que éste abre *la puerta a otro universo*. Y de esta forma, «la metáfora resalta la potencia creativa de la socialidad». Y simultáneamente se destruye y se crea otro universo. En definitiva, afirma Jesús Ibáñez: «la intersubjetividad crea algo cualitativamente diferente de los elementos que la constituyen (una transcendencia inmanente)».

Ahora bien, en la tribu lo que importa es el tema afectivo, la función «se pasa del orden *arborescente* [...] al de la función rizomática». En resumen, Jesús Ibáñez expone, al final de su prólogo, por qué se debería leer este libro de M. Maffesoli. Dice lo siguiente: «El sociólogo que quiera comprender su aquí y ahora, debe leer *El tiempo de las tribus*. Así podrá arrojar alguna luz sobre muchos de los misterios de nuestro presente. Por qué el marxismo real ha sucumbido a manos de dos fantasmas que se creían conjurados: la religión y el nacionalismo. Ha olvidado lo que *religa* y lo que es común (lo nacional en el sentido de Hölderlin). Por qué el descrédito creciente de los partidos políticos: por qué cada vez más pasan de ellos. Están en la modernidad ya saturada, no saben que el *yo* es un artificio al servicio del *ello*, y hablan en nombre del *yo* y la lejanía, en vez de hablar en nombre del *ello* y la proximidad. Por qué interesan más los chismes [...] que los discurs-

sos de los líderes políticos. Porque los primeros producen cohesión social y los segundos no: los medios de comunicación no son sólo reservorios de chismes, supermercados en los que se nutre el comadreo (en la aldea global el chismorreo sobre los famosos del arte o la política cumple el mismo papel que cumplía en la aldea local el chismorreo sobre el cura o el boticario)».

En verdad que la lectura de *El tiempo de las tribus* nos abre nuevos horizontes y perspectivas para la comprensión de nuestra cotidianidad: sus conflictos y su dimensión de novedad.

En dicha obra escribe el autor un apéndice en que se refiere *al pensamiento de la plaza pública*, en el que trata diferentes aspectos acerca de lo que serían novedades de la situación social. Se ocupa, entre otros temas, del análisis de las dos culturas —la popular y la erudita—, lo que supone volver la mirada hacia los orígenes y sus distintas expresiones históricas. Pero esto lo que nos muestra siempre, es una cierta tensión. «Se trata de vivir la tensión paradójica inducida por la existencia de estas dos culturas; tensión que podríamos resumir así: cómo integrar en una perspectiva de pensamiento —perspectiva general donde las haya— lo que es el orden de lo evanescente, de lo puntual y de lo efímero. Tal es la cuestión de un conocimiento ordinario que, sin perder nada de su preocupación reflexiva, pretende permanecer lo más cerca posible de su *fundamento natural*, es decir, de la socialidad de base». Igualmente se refiere el autor aquí a lo que califica *para dicha de los pueblos*. Evidentemente, que su punto de partida es un hecho crítico a lo que añade que «es siempre *desde el exterior* cómo aportan al pueblo su propia conciencia». Sin embargo, lo que el autor considera importante es el hecho de que el pueblo se ocupe de lo próximo y de lo cercano, de aquello que le implica afectivamente. «Vivimos en un momento interesantísimo, en el que la eflorescencia de la vivencia apela a un conocimiento plural, y en el que el análisis disyuntivo, las técnicas de la separación y el apriorismo conceptual deben dejar paso a una fenomenología compleja que sepa integrar la participación, la descripción, las narraciones vitales y las distintas manifestaciones de los imaginarios colectivos». Lo novedoso es esa insistencia del autor en no admitir la imposición de una autoridad desde arriba, «sino *lo que está ahí*, las oportunidades, los momentos vividos en común». En todo ello, «se trata de una inversión que puede sernos de gran utilidad a la hora de comprender nuestro tiempo. Las monovalencias religiosas o profanas han dejado de tener vigencia: es posible que las tribus que nos ocupan aquí se muestren más atentas al tiempo que transcurre y a su valor propio [...] que a las instancias verticales, sean éstas del tipo que sean. Así mismo, no es menos posible que estas oportunidades definan su *orden* que, aunque sea más estocástico o más latente, no por ello deja de ser completamente real. Tal es la cuestión que plantea la centralidad subterránea: saber comprender una arquitectónica diferenciada, que descanse en un orden o en una potencia interior y que, sin estar *finalizada*, posea una fuerza intrínseca con la que se deba contar».

Ciertamente que del mundo del objeto o del objetivo lo podemos reducir o disminuir, pero esto mismo no es posible con el mundo de la vida o lo que el autor llama «*la vuelta a la vida*».

Finalmente señala el autor un hecho importante y con suma claridad. Por lo cual no está demás recordar en dicho contexto «que el proceder disyuntivo es la pareja del principio de individuación. El individuo crítico que separa es el mismo que se separa. Si bien toda su obra participa en esta tradición». Lo interesante es no sentirse superior a la gente ni afincarse en una actitud elitista. En efecto, «la actitud mística de la comprensión tiene en cuenta el discurso de la masa, de la que no es, en realidad, sino una expresión específica. En esta línea hay que entender esa bella afirmación de *nuestras*

ideas están en todas las cabezas. Contrariamente a la exterioridad, [...] la comprensión toma nota de la globalidad y se sitúa en el interior de ésta». Sigue el autor con el desarrollo de diferentes temas como el orden interior o la vivencia, prosemia o saber orgánico. Bajo este aspecto me parece interesante destacar la siguiente idea: «lo que crea cultura es precisamente la opinión, o el pensamiento de la plaza pública, cosas estas que constituyen la argamasa emocional de la sociedad». Y es así cómo la *Historia* «ha relativizado la experiencia». Pero, en definitiva ¿de qué se trata? «¿Se trata de algo natural y precientífico?, ¿de una sociología espontánea?, ¿de un método especulativo? Poco importa el estatuto de dicho enfoque siempre y cuando nos permita trazar la señalización, aun cuando ésta sea sólo provisional, de una configuración en curso de realización. Las estructuraciones estables estaban bien definidas por la lógica de la *identidad* y por el juicio moral anejo a la misma. Las constelaciones indeterminadas exigen que sepamos poner de relieve las *identificaciones* sucesivas y el estetismo (las emociones comunes) que las traduce debidamente. La evaluación que se fue imponiendo progresivamente a lo largo de la modernidad se hallaba en perfecta congruencia con su objeto, el orden político. Pero no es seguro que se pueda aplicar a ese hervidero que, desde las tribus hasta las masas, va a servir de matriz a la socialidad en devenir. Ésta, en cualquier caso, nos lanza un nuevo desafío intelectual, más allá —y más acá— de la moral política: ¿cuáles van a ser las estructuras socio-antropológicas del orden *pasional*?»

Por último, nos queremos referir a su libro *El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*. Únicamente recogemos un texto que complementa y abre el espacio intelectual, de lo dicho hasta ahora. Dice así:

El anhelo de una vida marcada por lo cualitativo, el deseo de romper el enclaustramiento y la confinación domiciliarios, característicos de la modernidad, constituyen todos una nueva búsqueda del Santo Grial, que al mismo tiempo reactiva la dinámica del exilio y la reintegración.

En este sentido, se trata de un proceso iniciático que no es más que algo personal. Nos encontramos, sin lugar a dudas, ante la presencia de un inconsciente colectivo. Esto lo he llamado en otro momento una especie de *centralidad subterránea*, que actúa en las profundidades de un cuerpo social que se quiere racional, positivista y modelado en su totalidad por valores utilitarios, incluso *utensiliarios*. Pero recordemos que los sueños más poderosos son sueños impersonales. El de *l'échappée-belle* pertenece a los sueños que hacen un llamado a la surrealidad de lo real, es decir, a esa extraña capacidad para inventar un eterno presente que dé cuenta a cada momento, día tras día, de tesoros ya existentes, y que constituyen, *strictu sensu*, la riqueza insondable del poderío de lo social.

Es así que, lejos de las vanidades intelectuales, discretamente, el lento trabajo del pensamiento se une a la inactual actualidad de una sociabilidad en gestación. Es decir, un proyecto de ser que al mismo tiempo no se finaliza.

Y no se trata solamente de hechos efectuados por individuos aislados o asociados en el marco de una acción política, económica o social. Es un proyecto de ser que en buena medida es inconsciente y que, en su sentido principal, es una verdadera síntesis cultural que determina todas las formas del *estar juntos*, desde las más vistosas hasta las más anodinas, todas ellas específicas de la vida común y corriente.

Asimismo, se piensa que el retorno de los valores dionisíacos no puede ser considerado como algo sin importancia. Tal como, en las buenas y en las malas, el tribalismo posmoderno subraya la fragmentación de las sociedades homogéneas, de la misma manera ya es hora de tomar en serio el nuevo auge del impulso hacia la vida errante que en todos los ámbitos, en una especie de materialismo místico, recuerda la transitoriedad de todo. De esta manera, cada uno de nosotros se convierte en el viajero siempre en busca de otro lugar, o en aquel explorador encantado de aquellos mundos antiguos que es conveniente, siempre y de nuevo,

inventar. ¿Acaso ser inquieto o perder el equilibrio no es, a fin de cuentas, lo característico de todo impulso vital?

[Michel Maffesoli, *El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, pp. 16-17.]

En todo el contenido de este texto se traduce la dimensión de los cambios sociohistóricos que muestran la entraña dinámica de la realidad social.

Conclusión

Al abordar la obra conjunta de M. Maffesoli, nos encontramos con una realidad apasionante que cuestiona constantemente nuestra manera habitual de pensar, e incluso, de investigar. Este autor nos enseña la manera de percibir la presencia de lo que está ahí, del otro lado de la realidad social. De alguna forma, corrige ciertas cegueras de nuestra cultura contemporánea, al abrir el horizonte del pensamiento y del sentir, hacia otras perspectivas de alguna manera ocultas y desconocidas para nosotros.

El ámbito de su investigación se refiere así a lo subterráneo. Pero, en los detalles más nimios de la sociedad, nos dice, se puede seguir la pista de las novedades emergentes en el ámbito y en la experiencia de la vida social. Desde este punto de vista, se podría calificar su trabajo intelectual, como una sociología de la novedad y mirada de la concretez transversal. Se destaca en su trabajo investigativo la idea de que la vida social no se pliega a las claves y límites del pensamiento. Y de este modo se propone en su actividad científica, desactivar el potencial instituyente de la sociedad y de la sociabilidad. Y es así como aparecen en su horizonte los movimientos subterráneos, en razón de que percibe la vida social como una realidad *a-lógica*. En toda su obra se percibe su exquisita sensibilidad para darse cuenta de todo aquello que ha sido marginado o violentamente mutilado en el ámbito de la experiencia moderna. En consecuencia, valora extraordinariamente todo aquello que signifique heterogeneidad. De esta forma, cuanto la razón moderna ha separado y fragmentado, él trata de unirlo rizomáticamente. Y es así cómo, a todo ello, le da continuidad. Valora muy especialmente el devenir, el dinamismo y el tránsito que acontecen en las formas de ser. En su experiencia cognitiva todo fluye y se conecta con el afecto como expresión de diversidad, de formas de una vida social habitada siempre por la quietud y la calma, aunque a veces aparece la expresión de tensión. Llama especialmente la atención hoy, su novedoso diseño social, el cual, debido a su dinamismo e inestabilidad desborda todo intento de encerrarlo en un concepto fijo y a priori. Y es así como, formula un diagnóstico del destino del hombre contemporáneo, según el cual no le queda otro remedio que convivir, con lo transitorio, con lo abierto y con el inacabamiento congénito de toda vida humana. Lo cual da lugar a su concepto de la experiencia nómada. Y de este modo formula su pensamiento crítico respecto a su entorno e historia, sin fundamentalismos ni esencias ni finales previstos de la historia. Su concepción del devenir borra todo límite último, todo encierro y toda determinación definitiva. Lo que en nuestra circunstancia sociohistórica existe es el tiempo y su multiplicidad de expresiones sociales. De este modo todo nos lleva hacia la *alteridad*: la fuerza interna de la forma nos ofrece las claves de la convivencia actual.

Reitero que se trata de una obra apasionante, sanadora de ciertas cegueras intelectuales y vitales, porque desde su mirada transversal, nos posibilita el percibir lo informal

y lo oculto en la sociedad presente. No nos cabe otra cosa que invitar a una lectura silenciosa, detenida y creativa del conjunto de su obra.

Le agradecemos de nuevo al coordinador de este número, Celso Sánchez Capdequí, su conocimiento e inteligencia en la selección de temas y autores que ha dado lugar al presente análisis. Esto nos ha permitido descubrir todo el horizonte de la obra de Michel Maffesoli. Confío que todo ello constituya un desafío intelectual y nos conecte con la fuente original de la creatividad y el pensamiento.
